

Carlos Marx, “Contribución a la crítica de la Economía Política”

Primer fascículo, Berlín, Franz Duncker, 1859

**Federico Engels
3-15 de agosto de 1859**

(Tomado de Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov, páginas 137-143 del formato pdf. Escrito por F. Engels del 3 al 15 de agosto de 1859. El original está en alemán. Esta reseña del libro de Carlos Marx *Contribución a la crítica de la Economía Política* se publicó por primera vez en el periódico *Das Volk* el 6 y el 20 de agosto de 1859. La reseña quedó sin terminar.)

I

Los alemanes han demostrado hace mucho ya que en todos los dominios de la ciencia son iguales, y en la mayoría de ellos superiores, a las otras naciones civilizadas. No había más que una ciencia que no contase entre sus cultivadores más ilustres ningún nombre alemán: la Economía Política. La razón es obvia. La Economía Política es el análisis teórico de la moderna sociedad burguesa y presupone, por tanto, relaciones burguesas desarrolladas, relaciones que después de las guerras de la Reforma y la Guerra Campesina, y sobre todo desde la Guerra de los Treinta Años¹, no podían establecerse en Alemania durante varios siglos. La separación de Holanda del Imperio² apartó a Alemania del comercio mundial y redujo de antemano su desarrollo industrial a las proporciones más mezquinas. Y, mientras los alemanes se reponían con tantas penas y tan lentamente de los estragos causados por las guerras intestinas, mientras gastaban todas sus energías cívicas, que nunca fueron muy grandes, en una lucha estéril contra las barreras aduaneras y los reglamentos comerciales absurdos que cada príncipe en miniatura y cada barón del imperio imponía a la industria de sus súbditos; mientras las ciudades imperiales se degradaban entre la mezquindad de los gremios y la arrogancia patricia, Holanda, Inglaterra y Francia conquistaban los primeros puestos en el comercio mundial, fundaban colonia tras colonia y llevaban la industria manufacturera a su máximo apogeo hasta que Inglaterra, gracias al vapor, que hizo valer sus yacimientos de hulla y de hierro, se colocó por fin a la cabeza del desarrollo burgués moderno. Pero mientras había que luchar contra vestigios tan ridículamente anticuados de la Edad Media como los que hasta 1830

¹ Reforma: movimiento sociopolítico antifeudal del siglo XVI en Alemania y otros países europeos, que tomó la forma de lucha contra la Iglesia Católica Romana. Cada uno de los estamentos sociales participantes en el movimiento tenía sus propias consignas y objetivos de lucha. La capa superior de la burguesía alemana estuvo encabezada por Martín Lutero, fundador de la Iglesia Luterana. En 1524 estalló en varias regiones de Alemania una poderosa insurrección campesina (guerra campesina), dirigida contra la cruel explotación de los campesinos por los feudales, los funcionarios y el clero católico. Las fuerzas armadas de los príncipes aplastaron la insurrección en 1526. Guerra de los Treinta Años (1618-1648): la primera guerra europea general provocada por la lucha entre los estados protestantes y católicos. Alemania fue el campo principal de esta lucha y objeto del saqueo y de las pretensiones anexionistas de los beligerantes. El conflicto terminó por la conclusión de la Paz de Westfalia, que sancionó el fraccionamiento político de Alemania.

² En el período de 1477 a 1555 Holanda formaba parte del Sacro Imperio Romano, después de cuya división se vio bajo el dominio de España. Como resultado de la separación de Holanda, Alemania, que igualmente formaba parte del Sacro Imperio Romano, se vio cortada de las vías marítimas comerciales más importantes y dependió del comercio holandés, lo que redundó en mal de su desarrollo económico.

obstruían el desarrollo material burgués de Alemania, no era posible que existiese una Economía Política alemana. Sólo con la fundación de la Unión Aduanera³, los alemanes se vieron en condiciones de poder *entender*, únicamente, la Economía Política. A partir de entonces comienza, en efecto, a importarse la Economía Política inglesa y francesa, en provecho de la burguesía alemana. La gente erudita y los burócratas no tardaron en adueñarse de la materia importada, aderezándola de un modo que no honra particularmente al “espíritu alemán”. De la turbamulta de caballeros de industria, mercaderes, dómines y burócratas metidos a escritores, nació una literatura económica alemana que, en cuanto a insipidez, superficialidad, vacuidad, prolijidad y plagio, sólo puede parangonarse con la novela alemana. Entre la gente de sentido práctico se formó al principio la escuela proteccionista de los industriales, cuya primera autoridad, List, sigue todavía siendo lo mejor que ha producido la literatura económica burguesa alemana, aunque toda su obra gloriosa esté copiada del francés Ferrier, padre teórico del sistema continental. Frente a esta tendencia, apareció en la década del cuarenta la escuela librecambista de los comerciantes de las provincias del Báltico, que repetían balbuceando, con una fe infantil pero interesada, los argumentos de los *freetraders* ingleses. Finalmente, entre los dómines y los burócratas, a cuyo cargo corría el lado teórico de esta ciencia, tenemos áridos herboristas sin sentido crítico, como el señor Rau, especuladores pseudoingenieros como el señor Stein, que se dedicaban a traducir las tesis de los extranjeros al lenguaje mal digerido de Hegel, o espigadores literaturizantes dentro del campo de la “historia de la cultura”, como el señor Riehl. De todo esto salieron, por último, las ciencias camerales⁴, un potaje de yerbajos de toda especie, revuelto con una salsa ecléctico-economista, que servía a los opositores para pasar los exámenes de funcionario público.

Mientras la burguesía, los dómines y los burócratas alemanes se esforzaban aún por aprenderse de memoria, como dogmas intangibles, y por explicarse un poco los primeros elementos de la Economía Política anglo-francesa, salió a la palestra el partido proletario alemán. Toda la teoría de este partido se basaba en el estudio de la Economía Política, y del instante de su advenimiento data también la *Economía Política alemana*, como ciencia independiente. Esta Economía Política alemana descansa sustancialmente sobre la *concepción materialista de la historia*, cuyos rasgos principales se exponen concisamente en el prólogo de la obra que comentamos⁵. La parte esencial de este prólogo se ha publicado ya en *Das Volk*, por lo cual nos remitimos a esta edición. La tesis de que “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general”, de que todas las relaciones sociales y estatales, todos los sistemas religiosos y jurídicos, todas las ideas teóricas que brotan de la historia, sólo pueden comprenderse cuando se han comprendido las condiciones materiales de vida de la época de que se trata y todo lo restante se deduce de las mismas condiciones, esta tesis era un descubrimiento que venía a revolucionar no sólo la Economía Política, sino todas las ciencias históricas (y todas las ciencias que no son naturales, son históricas). “No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.” Es una tesis tan sencilla, que por fuerza debería ser la evidencia misma para todo el que no se hallase empantanado en las filfas idealistas. Pero

³ La Unión Aduanera de los Estados Alemanes que instituyeron derechos de aduana comunes se fundó en 1834 bajo la égida de Prusia. La unión se fue extendiendo progresivamente a todos los estados alemanes, excepto Austria y algunos estados pequeños. Llamada a la vida por la necesidad de crear un mercado alemán común, la unión aduanera contribuyó más tarde a la unificación política de Alemania.

⁴ Ciencias camerales: curso de asignaturas de administración, hacienda, economía y otras que se enseñaba en las universidades medievales, y luego también en las burguesas, de varios países europeos; se trataba en el fondo de “una mezcla de los datos más dispares” (Marx). Progreso.

⁵ Ver más arriba en página 6 y siguientes. EIS.

esto no sólo implica consecuencias altamente revolucionarias para la teoría, sino también para la práctica: “En cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o bien, lo que no es más que la expresión jurídica de éstas, con las relaciones de propiedad en el seno de las cuales se han desenvuelto hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de *revolución social*. Al cambiar la base económica, se transforma más o menos rápidamente toda la superestructura inmensa [...] Las relaciones de producción burguesas son la última forma antagónica del proceso social de producción, antagónica no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que emana de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para resolver dicho antagonismo”. Por tanto, si seguimos desarrollando nuestra tesis materialista y la aplicamos a los tiempos actuales, se abre inmediatamente ante nosotros la perspectiva de una poderosa revolución, la revolución más poderosa de todos los tiempos.

Pero, mirando las cosas de cerca, vemos inmediatamente que esta tesis, en apariencia tan sencilla, de que la conciencia del hombre depende de su existencia, y no al revés, rechaza de plano, ya en sus primeras consecuencias, todo idealismo, aun el más disimulado. Con ella, quedan negadas todas las concepciones tradicionales y acostumbradas acerca de cuanto es histórico. Toda la manera tradicional de razonamiento político se viene a tierra; la hidalguía patriótica se resuelve, indignada, contra esta falta de principios en el modo de ver las cosas. Por eso la nueva concepción choca inevitablemente, no sólo con los representantes de la burguesía, sino también con la masa de los socialistas franceses que pretenden revolucionar al mundo con su fórmula mágica de *liberté, égalité, fraternité*⁶. Pero, donde provocó la mayor cólera fue entre los voceadores democráticos vulgares de Alemania. Lo cual no fue obstáculo para que tratasen con particular empeño de explotar, plagiándolas, las nuevas ideas, si bien con una falta de comprensión extraordinaria.

El desarrollar la concepción materialista, aunque sólo fuese a la luz de un único ejemplo histórico, era una labor científica que habría exigido largos años de estudio tranquilo, pues es evidente que aquí con simples frases no se logra nada, que sólo la existencia de abundantes materiales históricos, críticamente cribados y totalmente dominados, hacen posible la solución de este problema. La revolución de febrero lanzó a nuestro partido a la palestra política, impidiéndole con ello perseguir fines puramente científicos. No obstante, aquella concepción fundamental figura, como hilo de engarce, en todas las producciones literarias del partido. En todas ellas se demuestra, caso por caso, cómo la acción política ha brotado siempre de impulsos directamente materiales y no de las frases que los acompañan; al contrario, las frases políticas y jurídicas son otros tantos efectos de los impulsos materiales, ni más ni menos que la acción política y sus resultados.

Tras la derrota de la revolución de 1848-49, llegó un momento en que se hizo cada vez más imposible influir sobre Alemania desde el extranjero, y entonces nuestro partido abandonó a los demócratas vulgares el campo de las querellas entre los emigrados, la única actividad posible que quedaba entonces. Mientras aquéllos daban rienda suelta a sus querellas, arañándose hoy para abrazarse mañana, y al día siguiente volver a lavar delante de todo el mundo sus trapos sucios; mientras recorrían toda América mendigando, para armar en seguida un nuevo escándalo por el reparto del puñado de monedas reunido, nuestro partido se alegraba de encontrar otra vez un poco de sosiego para el estudio.

⁶ Libertad, igualdad y fraternidad.

Llevaba a los demás la gran ventaja de tener por base teórica una nueva concepción científica del mundo, cuya elaboración le daba bastante que hacer, razón suficiente ya para que no pudiese caer nunca tan bajo como los “grandes hombres” de la emigración.

El primer fruto de estos estudios es el libro que tenemos delante.

II

Un libro como éste no podía limitarse a criticar sin ilación algunos capítulos sueltos de la Economía Política, estudiar aisladamente tal o cual problema económico litigioso. No; este libro se orienta desde el primer momento a una síntesis sistemática de todo el conjunto de la ciencia económica, a desarrollar de un modo coherente las leyes de la producción burguesa y del cambio burgués. Y como los economistas no son más que los intérpretes y los apologistas de estas leyes, el desarrollarlas es, al mismo tiempo, hacer la crítica de toda la literatura económica.

Desde la muerte de Hegel apenas se había intentado desarrollar una ciencia en su propia conexión interna. La escuela hegeliana oficial sólo había aprendido de la dialéctica del maestro la manipulación de los procedimientos más sencillos, que aplicaba a diestro y siniestro, y además con una torpeza no pocas veces risible. Para ella, toda la herencia de Hegel se reducía a un simple patrón por el cual podían construirse todos los temas posibles, y a un índice de palabras y giros que ya no tenían más misión que colocarse en el momento oportuno, es decir, cuando faltaban ideas y conocimientos positivos. Como decía un profesor de Bonn, estos hegelianos no sabían nada de nada, pero podían escribir acerca de todo. Y así era, en efecto. Sin embargo, pese a su presunción, estos señores estaban tan conscientes de su deficiencia que rehuían, en cuanto les era posible, los grandes problemas; la vieja ciencia pedantesca mantenía sus posiciones por la superioridad de su saber positivo. Sólo cuando vino Feuerbach y dio pasaporte al concepto especulativo, el hegelianismo fue languideciendo poco a poco hasta desaparecer, y creyérase que había vuelto a instaurarse en la ciencia el reinado de la vieja metafísica, con sus categorías inmutables.

La cosa tenía su explicación lógica. Al régimen de los diadocos⁷ hegelianos, que se había perdido en meras frases, siguió, naturalmente, una época en la que el contenido positivo de la ciencia volvió a sobrepujar su aspecto formal. Al mismo tiempo, Alemania, congruentemente con el formidable progreso burgués conseguido desde 1848, se lanzaba con una energía verdaderamente extraordinaria a las ciencias naturales; y, al ponerse de moda estas ciencias, en las que la tendencia especulativa no había llegado jamás a adquirir gran importancia, volvió a ganar terreno también la vieja manera metafísica de discurrir, hasta caer en la extrema vulgaridad de Wolff. Hegel había sido olvidado, y se desarrolló el nuevo materialismo de las ciencias naturales, que apenas se distingue en nada, teóricamente, del existente en el siglo XVIII y que en la mayoría de los casos no lleva más ventaja que la de poseer un material de ciencias naturales, principalmente químico y fisiológico, más abundante. La angosta mentalidad filistea de los tiempos prekantianos vuelve a presentársenos, reproducida hasta la más extrema vulgaridad, en Büchner y Vogt; y hasta el propio Moleschott, que jura por Feuerbach, se pierde a cada momento, de un modo divertidísimo, entre las categorías más sencillas. Naturalmente, el envarado

⁷ Alusión irónica a los hegelianos de derecha que ocupaban en los años 30 y 40 del siglo XIX numerosas cátedras de las universidades alemanas y utilizaron su posición para atacar a los representantes de otra tendencia más radical en filosofía; los hegelianos de derecha daban una interpretación reaccionaria de la doctrina de Hegel. Diadocos: generales de Alejandro Magno que se enzarzaron, al fallecer éste, en una enconada lucha por el reparto de su imperio.

penco del sentido común burgués se detiene perplejo ante la zanja que separa la sustancia de la apariencia, y la causa, del efecto; y si uno va a cazar con galgos en los terrenos escabrosos del pensar abstracto, no debe hacerlo a lomos de un penco.

Aquí se planteaba, por tanto, otro problema que, de suyo, no tenía nada que ver con la Economía Política. ¿Con qué método había de tratarse la ciencia? De un lado estaba la dialéctica hegeliana, bajo la forma completamente abstracta “especulativa”, en que la dejara Hegel; de otro lado, el método ordinario, que volvía a estar de moda, el método, en su esencia metafísico, wolffiano, del que se servían precisamente los economistas burgueses para escribir sus gruesos e incoherentes libros. Este último método había sido tan destruido teóricamente por Kant, y sobre todo por Hegel, que sólo la inercia y la ausencia de otro método *sencillo* podían explicar que aún perdurase prácticamente. Por otra parte, el método hegeliano era de todo punto inservible en su forma existente. Era un método esencialmente idealista, y aquí había que desarrollar una concepción del mundo más materialista que todas las anteriores. Aquel método arrancaba del pensar puro, y aquí había que partir de los hechos más tozudos. Un método que, según la propia confesión de Hegel, “partía de la nada para llegar a la nada, a través de la nada”⁸, era de todos modos impropio bajo esta forma. Y, no obstante, era el único elemento del material lógico existente que por lo menos podía ser utilizado. No había sido criticado, no había sido superado; ninguno de los adversarios del gran dialéctico había podido abrir la brecha en el airoso edificio; había caído en el olvido, porque la escuela hegeliana no supo qué hacer con él. Lo primero era, pues, someter a una crítica a fondo el método hegeliano.

Lo que ponía al modo discursivo de Hegel por encima del de todos los demás filósofos era el formidable sentido histórico que le servía de base. Por muy abstracta e idealista que fuese su forma, el desarrollo de sus ideas marchaba siempre paralelamente con el desarrollo de la historia universal, que en realidad sólo debió de ser la piedra de toque de aquél. Y aunque con ello se invirtiese y pusiese cabeza abajo la verdadera relación, el contenido real penetraba, no obstante, en toda la filosofía; tanto más por cuanto Hegel se distinguía de sus discípulos en que no alardeaba, como éstos, de ignorancia, sino que era una de las cabezas más eruditas de todos los tiempos. Él fue el primero que intentó poner de relieve en la historia un proceso de desarrollo, una conexión interna; y por muy peregrinas que hoy nos parezcan muchas cosas de su filosofía de la historia, la grandeza de la concepción fundamental sigue siendo todavía algo admirable, si comparamos con él a sus predecesores o a los que después de él se han permitido hacer consideraciones generales acerca de la historia. En la *Fenomenología*, en la *Estética*, en la *Historia de la Filosofía*, en todas partes vemos reflejada esta concepción grandiosa de la historia, y en todas partes encontramos la materia tratada históricamente, en una determinada conexión con la historia, aunque esta conexión aparezca invertida de un modo abstracto.

Dicha concepción de la historia, que hizo época, fue la premisa teórica directa de la nueva concepción materialista, y esto brindaba ya un punto de partida también para el método lógico. Si, incluso desde el punto de vista del “pensar puro”, esta dialéctica olvidada había conducido a tales resultados, y si, además, había acabado como jugando con toda la lógica y la metafísica anteriores, indudablemente tenía que haber en ella algo más que sofística y pedantesca sutileza. Pero, el someter a crítica este método, empresa que había hecho y hace todavía recular a toda la filosofía oficial, no era ninguna pequeñez.

Marx era y es el único que podía entregarse a la labor de extraer de la lógica hegeliana la médula que encierra los verdaderos descubrimientos de Hegel en este campo, y de restablecer el método dialéctico despojando de su ropaje idealista, en la sencilla forma

⁸ Véase G. W. F. Hegel. *Wissenschaft der Logik* (Ciencia de la lógica), Th. I, Abt.

en que aparece como la única forma exacta del desarrollo del pensamiento. El haber elaborado el método en que descansa la crítica de la Economía Política por Marx es, a nuestro juicio, un resultado que apenas desmerece en importancia de la concepción materialista fundamental.

Aun descubierto el método, la crítica de la Economía Política podía acometerse de dos modos: el histórico o el lógico. Como en la historia, al igual que en su reflejo literario, las cosas se desarrollan también, a grandes rasgos, desde las relaciones más simples hasta las más complejas, el desarrollo histórico de publicaciones sobre Economía Política brindaba un hilo conductor natural para la crítica, y, en términos generales, las categorías económicas aparecían aquí por el mismo orden que en su desarrollo lógico. Esta forma presenta, aparentemente, la ventaja de una mayor claridad, puesto que en ella se sigue el desarrollo *real*, pero en la práctica sólo sería, en el mejor de los casos, más popular. La historia se desarrolla con frecuencia a saltos y en zigzags, y si hubiera que seguirla en toda su trayectoria, sería necesario no sólo recoger muchos materiales de escasa importancia, sino también romper muchas veces la ilación lógica. Además, la historia de la Economía Política no podría escribirse sin la de la sociedad burguesa, con lo cual la tarea se haría interminable por falta de todo trabajo preparatorio. Así pues, el único método indicado era el lógico. Pero éste no es, en realidad, más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza la historia debe comenzar también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de éste no será más que el reflejo, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica; un reflejo corregido, pero corregido con arreglo a las leyes que brinda la propia trayectoria histórica real; y así, cada factor puede estudiarse en el punto de desarrollo de su plena madurez, en su forma clásica.

Con este método, partimos de la relación primera y más simple que existe históricamente, de hecho, para nosotros; o sea, aquí, de la primera relación económica con que nos encontramos. Procedemos a analizarla. Ya en el solo hecho de tratarse de una *relación*, va implícito que tiene dos lados que se *relacionan entre sí*. Cada uno de estos dos lados se estudia separadamente, de donde luego se desprenden su relación recíproca y su interacción. Emergerán contradicciones, que habrá que resolver. Pero, como aquí no seguimos un proceso discursivo abstracto, que se opera exclusivamente en nuestras cabezas, sino una sucesión real de hechos, ocurridos efectivamente en algún tiempo o que siguen ocurriendo todavía, estas contradicciones se habrán desarrollado también en la práctica y en ella habrán encontrado también, probablemente, su solución. Estudiaremos el carácter de esta solución y veremos que se logra creando una nueva relación, cuyos dos lados contrapuestos tendremos que desarrollar ahora, y así sucesivamente.

La Economía Política comienza por la mercancía, por el momento en que se cambian unos productos por otros, ya sea entre individuos aislados o entre comunidades de tipo primitivo. El producto que entra en el intercambio es una mercancía. Pero lo que lo convierte en mercancía es, pura y simplemente, el hecho de que, a la cosa, al producto, vaya ligada una relación entre dos personas o comunidades, la relación entre el productor y el consumidor, que aquí no se unen ya en la misma persona. Aquí se nos presenta desde el primer momento un ejemplo de un hecho peculiar que es propio de toda la economía y ha producido tremendas confusiones en las cabezas de los economistas burgueses. La economía no trata de cosas, sino de *relaciones* entre *personas* y, en última instancia, entre clases; si bien estas relaciones van siempre *ligadas a cosas y aparecen como cosas*. Aunque ya algún que otro economista hubiese vislumbrado, en casos aislados, esta conexión, Marx fue el primero en descubrir todo su valor para la economía en conjunto, simplificando y aclarando con ello hasta tal punto los problemas más difíciles, que hoy hasta los propios economistas burgueses podrán comprenderlos.

Si enfocamos la mercancía en sus diversos aspectos (pero la mercancía que ha cobrado ya su pleno desarrollo, no la que al principio se desarrolla trabajosamente en los actos primigenios de trueque entre las comunidades primitivas), se nos presenta bajo los dos puntos de vista del valor de uso y del valor de cambio, con lo que entramos inmediatamente en el terreno del debate económico. El que desee un ejemplo palmario de que el método dialéctico alemán, en su fase actual del desarrollo, está por encima del viejo método metafísico, vulgar y charlatanesco, por lo menos tanto como los ferrocarriles aventajan a los medios de transporte de la Edad Media, no tiene más que leer a Adam Smith o a cualquier otro economista oficial de fama, para ver cuántos suplicios les costaba a estos señores el valor de cambio y el valor de uso, cuán difícil se les hacía distinguirlos nítidamente y concebir cada uno de ellos en su peculiaridad determinada y comparar luego esto con la clara y sencilla exposición de Marx.

Una vez dilucidados el valor de uso y el valor de cambio, la mercancía aparece como unidad directa de ambos, tal como entra en el *proceso de cambio*. A qué contradicciones da lugar esto, puede verse en las pp. 20 y 211. Advertiremos únicamente que estas contradicciones no tienen tan sólo un interés teórico abstracto, sino que reflejan al mismo tiempo las dificultades que surgen de la naturaleza de la relación de intercambio directo, del simple acto de trueque, y las imposibilidades con que necesariamente tropieza esta primera forma tosca de cambio. Solucionar estas imposibilidades se puede transfiriendo a una mercancía especial (el *dinero*) la propiedad de representar el valor de cambio de todas las demás mercancías. Tras esto, se estudia en el segundo capítulo el dinero o la circulación simple, a saber: 1) el dinero como *medida de valor*, determinándose también de manera más exacta el valor medido en dinero, el *precio*; 2) *como medio de circulación*, y 3) *como* unidad de ambos conceptos en cuanto *dinero real*, como presentación de toda la riqueza material burguesa. Así concluye el primer fascículo, reservándose para el segundo la transformación del dinero en capital.

Vemos que con este método el desenvolvimiento lógico no se ve obligado, ni mucho menos, a mantenerse en el reino de lo puramente abstracto. Por el contrario, necesita ilustración histórica y contacto continuo con la realidad. Por ello, estos ejemplos se aducen en gran variedad y consisten tanto en referencias a la trayectoria histórica real en las diversas etapas del desarrollo de la sociedad como en referencias a la literatura económica, en las que se sigue, desde el primer paso, la elaboración de definiciones claras de las relaciones económicas. La crítica de las distintas concepciones, más o menos unilaterales o confusas, se contiene ya, en lo sustancial, en el desarrollo lógico y puede ser breve.

En el tercer artículo, nos detendremos a examinar el contenido económico de la obra.

Escrito por F. Engels del 3 al 15 de agosto de 1859. El original está en alemán

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es